

MEMORIAS

BIOGRAFICAS

DE LOS SEÑORES

DON DIEGO NICOLAS EDUARDO

Y

DON JOSE VIERA Y CLAVIJO,

leídas ante la sociedad del Gabinete literario de las Palmas de Gran Canaria, en la noche del 18 de Marzo, con motivo de la inauguracion de los retratos de ámbos personajes en el Salon de lectura de la misma Corporacion,

POR

JUAN EVANGELISTA DORESTE,

uno de sus socios.



Santa Cruz de Tenerife. 1848.

IMPRENTA ISLEÑA. Regente, Miguel Miranda.

ADVERTENCIA.



Cuando la Sociedad del Gabinete literario se dignó mandar imprimir mis dos memorias, estaba yo muy lejos de creerlas dignas de semejante honor, entre otras muchas razones que comprende cualquiera, porque las he redactado con suma escasez de datos y á veces con incertidumbre acerca de la exactitud de algunos de los mismos, que he creído deber utilizar. Como quiera que sea, lleno de desconfianza, si bien deseoso de corresponder á la benevolencia de mis amigos, entrego al público mi trabajo, que ha tenido la bondad de auxiliar con su grande ilustracion un sugeto, ventajosamente conocido de todos los isleños, y que me seria en extremo grato ver continuado y llevado á su perfeccion por alguno de los muchos paisanos, cuyo ingenio y conocimientos proclamo desde luego por muy superiores á los mios.

Palmas de Gran Canaria 28 de Marzo
de 1848.



Señores:



demás del honor que cabe á nuestra patriótica Junta directiva por haber desempeñado en el año último con tanto éxito el encargo que la sociedad tuvo á bien confiarle, ha querido ganar la singularísima distincion de contribuir á que se cumpla uno de los fines que la mision de la misma sociedad requiere. Este es, señores, el de rendir homenaje á la memoria de los hombres que han ilustrado nuestro país en todas las carreras, haciendo que nuestra justa admiracion hácia ellos no sea una vana fórmula, ántes bien que en todos los instantes nos ponga á la vista la imagen de aquellos que debemos constantemente imitar. Por eso ha sido que, valiéndose de los esfuerzos de una entendida colaboradora, (1) ha logrado hacer contribuir á nuestro intento las artes; lisongeándonos sobremanera de ver dotados los salones de la Sociedad con los dos retratos que se hallan al frente, de nuestros dignísimos compatriotas los Sres. D. Diego Eduardo y D. José Viera y Clavijo.

(1) La Señorita Doña Pilar de Lugo, que ha probado á la Sociedad sus adelantos en la pintura, regalándola los dos retratos consabidos.

Muy acreedores á tal honor eran ya estos varones insignes, cuyos actos son del dominio de la historia, y que, no de otra manera que aquellos monumentos grandiosos que nos han legado las edades, son mas bellos asi que mas se apartan de nosotros, y se confunden con un pasado, lleno cada vez de mas ideales ilusiones.

Fué el primero de aquellos el Sr. D. Diego Nicolas Eduardo, que, descendiente de una antigua y distinguida familia Irlandesa, nació en la Ciudad de la Laguna en la isla de Tenerife por el año de 1734. Desde una edad muy temprana, y cuando aun era discípulo en humanidades del célebre padre Iriarte, se manifestó en varias ocasiones el gusto del Sr. Eduardo por las artes nobles; y es fama que, habiendo oido hablar á cierto estrangero en la casa paterna de una batalla dada á las orillas del Rhin, dibujó el jóven alumno sobre los muros del patio aquel complicado hecho de armas con admirable acierto y propiedad. En tanto que por espacio de algunas años distribuía su tiempo entre las ocupaciones del estudio y un empleo que ejercía en la Real Hacienda, llegó para él la época de recibir las órdenes sagradas y de marchar á la Península, á fin de perfeccionarse en los conocimientos que apenas habia bosquejado. A este efecto, ningun establecimiento literario del reino podía ofrecerle entonces mayores ventajas, que el colegio del Sacro monte de Granada, donde estudió los cánones dentro de los mismos muros que dieron tantos grandes hombres á la España. Lleno de las mas sublimes verdades, aquel ser, tan soberanamente dispuesto para sentir la belleza y espresarla en sus mejores formas, salió á recorrer la España, y fijándose algun tiempo despues en la Côte, que por cierto no fué jamás para él su asiento favorito, fué nombrado capellan del Colegio de Artilleria de Segovia. Aqui, en medio del silencio de un pueblo, de donde ya se ha retirado absolutamente el bullicio de la antigua corte de Castilla, y rodeado de monumentos seculares, de éstos que en

vano se esfuerzan á imitar débilmente los modernos, el genio profundo y contemplativo del Sr. Eduardo halló continuo alimento, y su veneracion á las artes, constante objeto de admiracion y de estudio. Cuando yo me represento, Sres., á D. Diego Eduardo, resolviendo un problema Geométrico entre los insignes profesores del Colegio de Segovia, ó meditando sobre un pensamiento de arquitectura bajo los magnificos artesones que dieron sombra á Isabel la Católica y á Carlos 5.º, imposible me es dejar de asociarme á los brillantes proyectos que entonces bullian en aquella cabeza, y que pugnaban por encontrar algun dia una realidad en el universo; porque el genio nunca existe sin la creacion, y Dios ha querido unirlos, lo mismo que ha querido unir la fuente con el arroyo que fecundiza y hermosa la tierra. Mas, el momento de que Eduardo empezase á ver cumplidos sus ensueños iba acercándose: su gran mérito fué recompensado en parte, por el año de 1777, con una prebenda de esta Catedral, donde fué ascendido á la dignidad de Tesorero en 1791; y con tal motivo el Sr. Eduardo tuvo el placer de regresar á su patria, en la cual por una fortuna que á pocos ha sido reservada, le señalaba la Providencia el Teatro de muchas glorias.

Ahora bien, nuestro pais aislado, en toda la estension de la palabra, del resto del universo, bien que desgraciadamente infestado de obras artisticas, pertenecientes á la época mas pervertida del gusto, apenas poseia entonces algunos objetos de este ramo, escasamente dignos de la atencion del viajero. La arquitectura, sobretudo, considerada bajo cualquiera de sus aspectos, casi puede asegurarse que no contaba en las Canarias por aquel tiempo sino con una catedral, empezada bajo un digno plan en el siglo 16, y con el Hospital de S. Martin de esta Ciudad, obra del siglo último: edificios entrambos que reclamaban á la vez la mano de un arquitecto, que los completase y llevase á la debida perfeccion. De resto, en lo religioso no se ha-

bia podido pasar unas masas informes, sin gracia y atestadas de adornos, á cual mas estravagante é insipido; en lo civil, solo se conseguia imitar imperfectamente, cuando mucho, algun edificio notable de la península; reinando por lo demas, en punto á casas y artefactos de particulares, una completa anarquia, como que en esta materia se seguian ciegamente las máximas de los antiguos que, no conociendo de la sociedad sino las dulzuras de la vida íntima y privada, rechazaban todo ornato y regularidad exterior en sus edificios domésticos, para concentrarlos únicamente en el interior de los mismos.

Señores: considero que este es el punto de mi discurso á propósito para pagar un tributo de respeto y justa veneracion á un Cuerpo que, desde su creacion fué en las Canarias el núcleo de los conocimientos humanos y la reunion de los hombres de mas esclarecido mérito. Hasta cierto tiempo nosotros no conocimos sino dos carreras, la de la Iglesia y la de las armas; pero los que adoptaban esta última, como quiera que tenian su principal elemento en las guerras de Italia y de Flandes, buscaban fuera de las islas sus ascensos, allá brillaban, allá se distinguian, y pocos eran los que aquí podian immortalizarse, haciendo frente á los Marroquies y Holandeses, frecuentemente oscuros aventureros, que podian dar muy poca gloria á quienes les combatieran. Mas no sucedia lo mismo al eclesiástico, que aquí en su misma patria podia optar á los honores de su estado, llegando desde el mas humilde asiento del coro, hasta el deanato, y muchas veces el Obispado mismo. No era, pues, extraño que los jóvenes de mas ilustre cuna y aquellos otros que, ó por la riqueza ó por el talento podian lucir en el mundo, siguiesen la vida de la iglesia, y aspirasen á sentarse en aquel Senado, á quien tanto deben las Canarias en punto á ilustracion y fortuna. Ya comprendereis, Sres., que aludo al Cabildo eclesiástico de nuestro pais, cuyo origen se une casi al de nues-

tra existencia política, que tan grande papel hace en nuestra historia, y á quien hallamos constantemente asociado á cuanto pudo imaginarse mas útil y beneficioso á su patria.

Para espirar se hallaba en brazos del actual el siglo 18, que tan profundas huellas tiene que dejar en la memoria de los otros siglos, cuando el Cabildo eclesiástico de Canaria veia su tesoro lleno de cuantiosos caudales, que allí habian amontonado muchas generaciones. Pensóse desde luego en destinar aquellos al fomento de la poblacion de las partes del Sud de la Gran Canaria y de Tenerife: pensóse tambien en aumentar con ellos el número de parroquias de la diócesis y en mejorar mas y mas el culto divino: pensóse en fin, como siempre, en dedicarlos á proporcionar ventajas á los pueblos; empero, la hora de entrar esclusiva y denodadamente por la senda de las reformas materiales, no habia aun sonado para nosotros; y en la necesidad de emplear con fruto aquella superabundancia, que animaba las arcas eclesiásticas, la imagiacion se volvió á un objeto muy alto, de los mas elevados sin duda, que los hombres pueden concebir. Entonces el Cabildo debió de decir como aquel rey sabio, que mandaba construir un templo: „Yo quiero un palacio para Dios, y una choza para mí.“ Y el aumento y conclusion de la Catedral fueron decretados. Mas, no eran ya los tiempos en que un arquitecto podia venir de España por *algunos maravedises diarios*: que el noble arte de Herrera y de Villanueva se habia engrandecido allí hasta el punto de que ninguno de sus émulos se trasladaria á Gran Canaria, sin unos emolumentos iguales sin duda, cuando no superiores, al caudal que hubiera de destinarse para toda la obra.

Entretanto, cuando se tropezó con este considerable inconveniente, habia en el Cabildo un hombre de gran razon, emprendedor y perspicaz á un tiempo, que de improviso pidió á la Corporacion atónita un voto de confianza (si votos de confianza fuesen de entonces conoci-

dos sobre la tierra) para presentarle el plan y diseños del edificio proyectado, alzados por otro de los capitulares, que quizá fuera el único en desconocer su propio mérito, pero que era un hombre de fé sin cuyo elemento nunca se hacen obras grandes y sublimes. Aquel hombre, Sres., era el dean D. Gerónimo Roo: estotro era D. Diego Eduardo. El plan, los diseños, los alzados, los dibujos aun de los mas comunes instrumentos de la fábrica, y los presupuestos correspondientes fueron, pues, concluidos por este último á su tiempo con una minuciosa escrupulosidad, con una conciencia y maestria que acreditaron la inteligencia del autor, al par que el buen juicio del dean Roo, cuyo nombre es justicia, que ocupe junto al de Eduardo el puesto competente en la memoria de sus compatriotas

Por desgracia del Sr. Eduardo y de la historia del arte en las Canarias, no es fácil saber que vicisitudes siguió aquel en la concepcion y en la manera de realizar el pensamiento que se le encomendó y que, por su grande importancia y por ser el sueño dorado de toda su vida, me ocupará con preferencia en esta memoria biográfica. Si al resto de los hombres fuese dado levantar el velo que cubre los conceptos y elucubraciones del genio en ese laberinto de operaciones, que preparan el nacimiento de sus mas preciadas obras ¡Oh, cuantos misterios se revelarían entonces á la humanidad, cuantos hechos, que siempre estarán ocultos entre Dios y el genio mismo! Esas vicisitudes, esas alternativas habian de ser aun mas graves para el Sr. Eduardo, que no tenía que formar ahora un edificio de nueva planta, sino que habia de ceñirse á un sistema ya trazado, cual era la continuacion de la Catedral tal como venia comenzada allá en el siglo 16. Por eso fué sin duda, que para él la obra proyectada venia siendo la resolucion de una figura, de la cual le era conocida ya muy buena parte. Carecia antes de él la Catedral de un crucero, de un cimborio, de los adornos que comportaba el género gótico

moderno, digamoslo así, que queria dar á su composicion; y todos estos accesorios, con otros muchos que, como el panteon y las sacristias, reclamaba perentoriamente el edificio, le fueron agregados de una forma mucho mas digna, que lo requiriera la parte antes de él conocida, y segun las reminiscencias que no podia menos de conservar de la hermosa Catedral de Segovia. Mas era ya tiempo, Sres., de que la academia de bellas artes de S. Fernando fallase acerca del mérito de los trabajos preparatorios de la nueva obra: el momento era decisivo para el Sr. Eduardo: tratabase de que las modestas tareas de un hombre ignorado fuesen juzgadas por el gran jurado artistico de la Nacion española; y D. Diegõ Eduardo le entregó el fruto de sus vijilias y la ilusion de toda su vida con la desconfianza, si, que es la rémora impuesta por Dios al genio, pero con su mano sobre el corazon y la vista sobre el porvenir. Y ¿cual fué, Sres., en resúmen la mas expresiva y elocuente censura de la academia?... Dejar en sus archivos los trazos del Sr. Eduardo, y devolver al Cabildo una copia exacta para que se emprendiese inmediatamente la obra... Siempre me ha agradado sobremanera, Sres., contemplar el rapto de Colon en el momento que Dios desorrolló á su vista deslumbrada el continente, que iba á legar á las generaciones venideras; considerar á Alejandro, estasiado á la vista de la encantada Babilonia: recordar á Napoleon, siguiendo las huellas de Sesostris por las orillas del Nilo... Y ¿será exagerado el que yo me arrebate tambien, cuando contemplo á nuestro nuevo Euclides en el instante de recibir aquella ovacion de la academia, en que acaso no confiaba, y de considerar que el mismo papel, donde habia vaciado su pensamiento favorito, iba á dormir el sueño de la inmortalidad junto á las divinas concepciones de Toledo y de Herrera?

Vano seria, y sobre todo inferior á mis débiles conocimientos, analizar y estudiar con vosotros la grande obra del Sr. Eduardo; mas vano aun y en gran manera ar-

rogante, pretender que salga de este recinto el pobre escrito, donde pago al hombre ilustre el óbolo de mi admiracion, mas pobre todavia. ¿A que, pues, nos conduciria hablar del edificio y ensalzarlo? ¿No somos todos nosotros los mismos que podemos á cada momento adorar á Dios bajo de sus bóvedas, los que tenemos diaria ocasion de admirar sus bellezas, de perdernos en su recinto, de elevarnos con sus atrevidas proporciones, de seguirle en sus mas minuciosos detalles. ?

No me detendré, pues, en ello, como tampoco en recorrer otras obras inferiores en mérito, pero que por siempre contribuirán á la celebridad del personage, cuales son la linda hermita de S. José, desfigurada hoy por la poca destreza del oficial que la construyó; la parróquia de Galdar, templo digno de una poblacion de primer órden, la de la Concepcion de la Villa de la Orotava, las escaleras] voladas, obras de un gran valor, tan apreciadas en los edificios de la Peninsula, como vulgarizadas entre nosotros, y en fin, por no mencionar otras muchas, el hospicio de esta ciudad, que trazó desde su planta á insinuacion de su fundador el célebre reverendo Obispo Plaza, y con el que acreditó su director ser tan consumado en la arquitectura civil como en la religiosa.

Entre tanto, viniendo á dar mi última ojeada á nuestra basilica, fuerza es observar que algunos lunares obscurecen tan hermosa prenda de la gloria del artista. Una de las principales bellezas del templo consiste en su diafanidad, en la serie tan bien compuesta de sus lineas; y sin embargo aquella limpieza no esciste enteramente; las lineas se hallan cortadas en sus mejores puntos, á causa de la masa un tanto pesada del coro, que se interpone desde luego entre el observador y la mayor porcion del recinto. El cimborio que, subiendo á una muy grande elevacion, segun el plan del arquitecto, debiera llevar el alma de los creyentes mas allá de los

espacios, quedó rebajado á bien cortas dimensiones, y no guarda proporcion ni con el resto del interior, ni con la altura de las torres y demas elevaciones exteriores del edificio.

Y fué, Sres., que así como la sombra al cuerpo, de la misma manera la envidia sigue los pasos al mérito para descomponer y corromper sus concepciones. Tal es el ansia de eternizarse, que roe el corazón de los hombres: junto á Homero se ha inmortalizado el miserable Zóilo; tras de Cervantes vivirá por siempre agazapado el triste Avellaneda; y el talento de nuestro ilustre compatriota no pudo libertarle de la rivalidad de un ignorante que si tuvo habilidad para hacerse notable entre nosotros mezclandose á corregir las obras de aquel como la tradicion popular se lo atribuye, no quiero contribuir á su no envidiada fama, enlazando su nombre al de la alta notabilidad, de que actualmente me ocupo; si bien me es doloroso recordar, que á sus malhadados esfuerzos acaso fueran debidas así la colocacion del coro al centro de la nave mayor, en la misma forma que desgracia los principales templos de la Peninsula, como la rebaja de la cúpula, contra los deseos del arquitecto, que queria espresamente purgar su obra de semejantes defectos.

En tanto, un temperamento débil, gastado mas y mas por los años y por las tareas continuas, que la direccion de su obra requeria, predispuso al Sr. Eduardo á una serie de padecimientos que, si por su carácter amable, infantil y complaciente habia descuidado hasta aquella ocasion, le obligaron en el verano de 1779 á ir á tomar el descanso en la Ciudad de la Laguna. Aqui fué donde una tras otra recibia las noticias de la mala direccion que en su ausencia se daba á la fabricacion del templo, y sobretodo la de que acababa de cerrarse la cúpula antes de llegar á la elevacion, que convenia á su proyecto, y que

debiera desempeñar el principal papel en el edificio. Entonces, cual el padre á quien se arrebató la última esperanza con la repentina desgracia de un hijo querido, D. Diego Eduardo, entregado á una melancolía profunda, sintió retroceder una erupción cutánea, que le afligía anteriormente. Ya desde este tiempo el sacerdote, que habia dedicado una vida laboriosa y pura á engrandecer la gloria de Dios por los medios que á los débiles mortales es dado hacerlo sobre la tierra, no pensó sino en abandonar las obras percederas de los hombres, para entrar en el templo augusto de la inmortalidad, donde hay un plácido reposo, y al cual las miserables pasiones humanas no alcanzan; tornando el génio al seno del Criador, que lo habia formado, en la mañana del 30 de enero del año de 1798, á los 64 de su edad, desde una quinta del pueblo de Tacoronte en Tenerife.

Sres., he llegado al término de una parte de la carrera que desde luego me habia propuesto, contando con vuestra suma indulgencia hácia mis débiles fuerzas y escasísimos conocimientos. Séame ahora permitido expresar al fin, una pena, que en verdad quisiera que sonase muy alto, hasta ser oída por quien puede aliviarla. El Sr. Eduardo que ha dotado á las Canarias de un monumento comparable á los mas dignos que en su clase posee la Metrópoli, duerme en paz, lejos de aquellas bóvedas que se alzaron á su voz con tanta magnificencia, allá en la Ciudad de la Laguna, su patria de nacimiento, sepultado en la capilla de S. Pedro de la parroquia de la Concepcion; pero, Sres., el génio no tiene otra patria que aquel rincón del universo, donde deposita sus creaciones, del mismo modo que al morir el ave profética de la biblia acoge gozosa el monton de cenizas que con su propio plumage ha formado. ¿Porqué, pues, los restos de D. Diego Eduardo no descansan dentro del mismo panteon que él habia trazado? ¿Cómo es que el respetable Cuerpo

à que él perteneció, poniendo el sello á su ilustracion y desprendimiento, no se ha apresurado á honrar de esa manera el nombre de un tan célebre individuo suyo, y á hacer que se confundan en una para los siglos futuros la memoria del arquitecto y la del edificio? Procuremos, Sres., devolver una patria al Sr. Eduardo: y esperemos que así suceda, en la firme creencia de que, aun cuando un dia tan deseado no luzca para nosotros, podremos entretanto decir siempre al viajero, que venga á hacer honor á nuestro ilustre compatriota dentro de los muros que él alzó: „*Forastero, si quieres ver un monumento, levantado á la memoria del arquitecto, no podemos mostrarte otro mas suntuoso. que este mismo, que tus ojos admiran al presente.*“





Señores:



a parte que me queda por cumplir es doblemente mas difícil que la que hasta ahora he desempeñado; por cuanto, sobre tener que ejercitarme al presente en un campo vastísimo, donde son mas fáciles los deslices y aun los mas graves errores, debo recorrer en vuestra presencia la vida de otro personage justamente célebre que tiene la singularidad de haber dejado de existir hace poco entre nosotros, y la de no haber impreso, sin embargo, huellas bastante profundas para seguirle con exactitud en todos aquellos pormenores de su existencia, que acaso tengais un derecho para escuchar de mi boca en esta noche. Careciendo, pues, de muchas noticias sobre tan interesante materia, yo presentaré las fases principales y mas brillantes de la historia de ese individuo; sintiendo sobremasera, que otro sugeto tan amigo suyo, como entusiasta por las letras en estas islas, formara empeño en que jamás viese la luz pública la memoria, que sobre sí mismo escribió el insigne literato, orador é historiógrafo, de quien pasó á ocuparme inmediatamente.

Este es, Sres., como ya lo habreis comprendido, el Sr. D. José Antonio del Alamo Viera y Clavijo, que por el año de 1731 nació en el pueblo del Realejo de arriba de la isla de Tenerife. Llevando un nombre tan distinguido como el de la otra notabilidad, que acaba de entretenernos, su padre pertenecía á la honrosa profesion de escribanos públicos, á la cual el mismo Sr. Viera atribuye fundadamente el origen de muchas de las primeras familias de la provincia. Como este último hubiese descubierto desde luego esa vivacidad y fina penetración, que rara vez dejan de ser precursoras del desarrollo de un gran talento, fué destinado á estudiar el latin y una parte de la Filosofia en el convento de predicadores de la villa de la Orotava, y á completar despues su educacion literaria en el de Agustinos de la ciudad de la Laguna, que por aquella época tenia el privilegio y los honores de Universidad en nuestras islas.

Señores, siento mucho no poder detenerme aquí á considerar el modo con que el Sr. Viera desempeñó las penosas tareas de su enseñanza, y el giro que sus gustos particulares hicieron llevar á sus estudios. Un velo cubre para mi este punto tan capital de su existencia; y asi es que, cortando el hilo de mi narracion en el mas apropósito precisamente para comprender al personaje y bajar mas al fondo de su carácter, me hallo reducido á examinarle algun tiempo despues, cuando se estableció junio á sus hermanos D. Nicolas y Doña Maria Viera en la ciudad de la Laguna, donde recibió por entonces la sagrada ordenacion. Allí, deleitandese asi con la sólida instruccion de aquel como con la erudicion de estotra, y disfrutando de la buena sociedad, que muy favorables circunstancias reunian en torno suyo por aquella ocasion, el Sr. Viera tuvo infinitas oportunidades de empezar á lucir su decidida aficion á la poesia, su sana critica y nada comunes conocimientos

en asuntos literarios; y si, así como podemos recordar con placer sus felices ensayos en estas materias, principalmente cuando le consideramos auxiliando con sus luces la sociedad de hombres de letras, de que he hablado, me fuese permitido revelaros sus primeras obras sobre asuntos de una íntima familiaridad, que es sensible no sean patrimonio de una memoria de esta clase, tendríais mas de una ocasión de admirar conmigo las grandes disposiciones del jóven Viera para todos los ramos de la bella literatura, y especialmente aquella agudeza picante y buen tono, que siempre fué el principal carácter de su estilo.

Pero en ningún género podia por aquel tiempo el Sr. Viera hacer muestra de estos últimos dotes, como en el de la oratoria sagrada, á que fué estremadamente afecto; puesto que, si por desgracia suele ser esta la carrera que desalentadamente emprenden muchos ignorantes, es por precision la que nunca dejan de abrazar los hombres llenos de confianza en las propias fuerzas, y ansiosos de comunicar á los demas su entusiasmo por las glorias religiosas, enlazadas frecuentemente á cuanto hay mas grande y sublime para la imaginacion. Y no os asuste, Sres., oírme decir, que el talento oratorio del Sr. Viera amaba la agudeza, cualidad tan propia comunmente para desgraciar las mas dichosas concepciones en este ramo del saber humano; porque, no pudiendo él menos de respirar la atmósfera de su pais y de su siglo, bien sabido es, que entre nosotros por aquella época habian sido infructuosos los esfuerzos de la razon, que tantos triunfos consiguiera ya en otros puntos, para desarraigar el prurito de espresarse en el púlpito con frases destituidas de sentido comun, y tan ridiculamente pulidas, como torneadas de la manera mas estravagante é impropia. Pero el buen juicio del Sr. Viera no podia dejar de sacar de tales circunstancias todo el par-

tido posible; sabia muy bien, que un esagerado refinamiento de la escuela peripatética, origen de semejantes extravíos, adoptado ciegamente por los doctores de la edad media, entre una infinidad de males que aclimató en el campo de la ciencia, produjo la incalculable ventaja de acostumar el talento á ceñirse dentro de ciertas reglas, á analizar escrupulosamente los conceptos, y á dar en una palabra nueva vida al pensamiento, y esta ventaja, que muchos siglos sostuvo la actividad intelectual en el mundo y preparó la victoria decisiva de la ilustración, no pudo ser desaprovechada por el Sr. Viera en sus primeros discursos; pero á pesar de que ellos se resienten de esa afectación exagerada de la época, aquel defecto se halla compensado con sobradas gracias y una rectitud indecible en la manera de juzgar sobre las ideas y los hechos; siendo muestra de esta asercion, entre otros, el sermón del Sacramento, predicado entonces en Tenerife, que puede compararse al que sobre los caracteres de la amistad en la Eucaristia dijo en esta catedral muchos años despues, cuando su inteligencia llegó á verse ya libre de las trabas, impuestas por el mal gusto.

Y esta época, Sres., no pudo dejar de llegar para el Sr. Viera, cuando por dicha de los oradores españoles se publicó el Fr. Gerundio de Campazas. Hallábase entonces este importante ramo de la literatura en una crisis, idéntica á la que agobiaba al mundo en el momento de aparecer le inmortal fábula de Cervantes; y la obra insigne del P. Isla confirmó la opinion, que por otra parte tendria visos de paradójica, de que los mas grandes y envejecidos abusos no tienen otro correctivo que el ridículo. Ni fué menester mas para que Viera, entrando por la senda del buen criterio, que nunca abandonó enteramente, y dedicándose á un estudio profundo de la elocuencia clásica, antigua y moderna, se entregase á sus inspiraciones, y produjese, sin hablar de

otros muchos, dos discursos, que le colocan al lado de los mejores maestros de la elocuencia sagrada. Quiero aludir, Sres., á su sermón de S. Agustín, y á la oración fúnebre de Carlos 3.º, que pronunció en esta Ciudad ante la sociedad patriótica de amigos del país; en la 1.ª de estas obras el orador, á una altura con el célebre abate Maury sobre el mismo asunto, admira á sus oyentes con la pintura de la portentosa cabeza y del tierno corazón de Agustino, compendio del saber humano en su siglo: en la otra, llevado sobre las alas de aquel genio que elevó á Bossuet por encima de todo lo creado, sigue la brillante carrera de su héroe, resucita para él á su entrada en Roma los triunfos de Scipion y de Germánico, y por fin le corona de una auréola inmortal en las regiones de la verdad y de la perpétua luz. Tales son los títulos, en virtud de que el Sr. Viera reclama un puesto distinguido entre los mas elocuentes oradores de su tiempo.

Empero, aunque, como acabamos de ver, sus primeros trabajos en aquel y otros géneros, que cultivaba, no pudiesen dar á conocer toda la estension de su variada capacidad, las personas que le rodeaban, tenían ya demasiados motivos para pronosticarle sobre otro campo mas ancho, un porvenir mas alagüeño, que el que nuestro país ofrece al ingenio, auxiliado del amor á la ciencia; y por ello hubieron de aconsejarle se fuese á establecer por algun tiempo en la Corte. Asi lo ejecutó el Sr. Viera; no siéndome dable marcar con firmeza el año en que para él tuvo lugar este acontecimiento, que ordinariamente decide del destino del hombre por toda su vida. Detengámonos, Sres., un momento á reflexionar sobre la nueva posición de Viera. Figuraos á un pobre labriego, lleno de creencias sencillas y puras, si bien de una sangre que hierve y de un corazón rebosando en ilusiones: á quien se empujara de improviso en medio

de un salon, todo resplandeciente de luces, donde los concurrentes, á fuerza de apiñados, apenas pueden mirar dos ó tres estatuas colocadas en lo mas alto, y tendreis una idea del jóven, que no conozca al mundo sino por las ventanas de su colegio, lanzado á la ventura entre una multitud, solo atenta al oro y las distinciones. Tal se presenta la Corte á aquel que desde el fondo de su provincia la visita: y ya inferireis como debió de impresionar entonces al Sr. Viera, que, cual otros muchos, iba á tratar de conquistar en ella un asiento para la posteridad.

No se hizo rogar la fortuna por mucho tiempo para el aventurero canario; pues, utilizando las recomendaciones que obtuvo junto al Marqués de Santa Cruz, en cuya escogida sociedad pronto le dieron á conocer sus talentos, le fué encomendada la educacion del primer heredero de la casa, y recibió la mision honrosa de enviar sin mancha, á la generacion venidera el inclito nombre de D. Alvaro Bazan. Entre tanto, no podia ocultarse á nuestro entendido compatriota, que en vano hablan los libros al amigo de las ciencias y sobre todo al que aprende para ocupar algun dia un puesto elevado en su patria, si la instruccion no va unida al ejemplo, si el conocimiento de las ideas no se enlaza con el del sabio que las concibe y las vierte en el mundo, si los hechos, en fin, dignos de grabarse en la memoria, no se estudian sobre los mismos lugares, en que ocurrieron, y donde parece como que respiran el olor de la inmortalidad. Estas reflexiones fueron suficientes para decidir al Sr. Viera á emprender un viage por la Europa con su ilustre discípulo.

Desagradable es para mi, Sres., tener que deplorar á cada instante la falta de noticias, relativamente al personage que me ocupa; pero de seguro en ningun parage de estos apuntes es aquella mas sensible que en el pre-

sente, donde pudiera suministrarles un inconcebible grado de amenidad, contribuyendo no poco á la instruccion de los apreciabilísimos jóvenes que me escuchan. Mas, es fuera de duda que, habiendo recorrido los viageros toda la Italia y una gran parte de la Alemania y de los Países bajos, tuvieron ocasion de conocer y aun de tratar con intimidad á casi todos los potentados y hombres célebres de aquellas naciones, examinando con la curiosidad, que el sabio recomienda, los pueblos y las costumbres en las propias localidades, donde otras costumbres y otros pueblos fueron antes conocidos. En tanto, este viage tenia que encerrar á la vez para el ayo y para el alumno un curso entero de enseñanza; porque, despues de recorrer las obras maestras de todas las nobles artes, como sabe mostrarlas la Italia, donde cada piedra es un monumento, la inteligencia del hombre no perfecciona y completa su educacion sino en las escuelas filosóficas, á cuya entrada viene ya dispuesto con el estudio de los modelos que acaba de contemplar en el mismo santuario, en que el artista los ha colocado. De esta manera, Sres., valiéndome de una agena espresion de gran mérito, comenzamos por admirar la naturaleza, y acabamos por estudiarla: observamos primero los objetos, buscamos despues sus causas y sus principios; y el siglo de las bellas artes precede necesariamente al de la filosofia, lo mismo que el de la razon, que examina, debe suceder al de la imaginacion que pinta.

Y de tal modo estaba concebido el viage del Sr. Viera, como el entendimiento humano marcha en sus progresos, como los siglos precedentes habian obrado respecto á su siglo, como los países, que hasta entonces habia recorrido, avanzaron respecto de la region nueva, donde iba á entrar ahora, y que fué precisamente el término de la excursion. Hablo, Sres., de la Francia, en la cual hicieron alto nuestros personajes, y hácia la que

ya por aquel tiempo se volvian los ojos de todos, como á la arena donde se disputaban gravísimas cuestiones que tal vez pusieran luego en conmocion á todo el universo. Yo no necesito recordaros, que fué la Francia quien principalmente simbolizaba el carácter esencialmente revolucionario del siglo 18, y que, recogiendo la herencia que le habian legado las otras edades, era ella el pueblo destinado por la Providencia para emprender la regeneracion de la sociedad, no se sabia aun, si por un declive insensible, que la condujese suavemente á la region anhelada, ó al través de una borrasca de sangre, que hiciera mil veces naufragar el bajel de la humanidad. En este vaiven, pues, de todas las opiniones, en este choque diario y continuo de todas las ansiedades, présago de grandes sucesos, naturalmente, ninguna ciudad de la Francia tomaba tanta parte como Paris; y precisamente fué aquí donde una mañana un diario publicó el anuncio siguiente: «Entre las personas que han asistido á la asamblea de literatos y artistas, fué acogido «con suma complacencia el Sr Abate Viera, miembro «de la Academia de la historia de Madrid, y autor de «la historia de las islas Canarias, su patria, la cual es muy «estimada de las personas que conocen su mérito.»

En este punto muy curioso seria, Sres., si posible nos fuese, seguir paso á paso al Sr. Viera, cuando hizo un curso completo de historia natural con el célebre Valmont de Bomare; cuando estudió otros de quimica y de mineralogía con Mr. Lesage; cuando asistía á las lecciones de física experimental de Sigaud de la Font; cuando conversaba familiarmente con Mr. de Condorcet, quien colocó en su biblioteca un ejemplar de los 3 primeros tomos de la historia de Canarias, regalo del Sr. de Viera; cuando asistía á las ovaciones que la Academia de las ciencias habia decretado en honor de Voltaire; cuando en fin bebia en sus mismas fuentes el raudal de conocimientos en las ciencias

naturales y morales, de que habia de hacer un tan magnífico alarde en alguna de sus obras, y que en España le dieron luego á conocer con fundamento como hombre de una erudicion consumada, celeberrimo humanista, y caballero de la mas culta y escogida sociedad.

Porque era ya tiempo de que el talento del Sr. Viera empezase á producir á su pátria los frutos, que todos tenian derecho á aguardar de él; y, en honor de la verdad, el Sr. Viera consiguió no defraudar tan bellas esperanzas; pues á su regreso á Madrid fué cabalmente la época en que mas en voga se hallaba un género de composiciones, que hoy casi está olvidado, y que nuestro compatriota cultivó con felicísimo éxito. Refiérome, Sres., á los *elogios* de los personajes eminentes en cada carrera: trabajos de gran mérito, que habian inmortalizado á Plinio, Livonio y otros célebres escritores de la antigüedad, que posteriormente, y aun casi por aquellos dias, fueron uno de los primeros títulos de gloria de Fontenelle y de Thomas, pero que al presente, sino es para celebrar á algun sugeto que deje un puesto vacio en las academias, poco ó ningun uso tienen en la república literaria; sin duda á causa de que este espíritu de independenciam, característico de nuestra edad, no sufre ya un género, en que solo se trata de ingenios sin lunares, y de virtudes sin tacha, ó porque, y yo le doy mi humilde asentimiento, prevalece hoy la biografía, clase de composicion mas breve y fácil que la otra de que ahora trato: la biografía, pues, ha matado al elogio. Empero, no sucedia asi, como he dicho, en los dias del Sr. Viera; porque precisamente entonces la academia española ofrecia el correspondiente premio á dos elogios, el uno de Felipe 5.º, rey de España, y el otro del famoso D. Alonso Tostado, Obispo de Avila. Todos los ingenios se pusieron á prueba en esta liza que acababa de abrirseles, y Viera conocia demasiado su propio alcance para quedarse el último á entrar en la contienda. Mas, la tarea

estaba erizada de dificultades; tratábase por una parte de un sabio que, como el Avulense, había explorado todas las regiones de las ciencias en su tiempo conocidas, que en todas se había distinguido, que sobre todas había escrito con aquella vena prodigiosa que ha hecho pasar en proverbio su fecundidad á lo futuro; tratábase por otra parte de un monarca, que simbolizaba el punto donde moria una dinastia gloriosísima, y donde nácia otra entre la sangre y las convulsiones de toda la Europa, que venia á establecer una nueva política en España, y que realizaba en fin el sueño dorado de un gran rey extranjero. Sres., establecer yo la manera con que el ilustre Canario salió de tan escabroso empeño, es muy superior á mis fuerzas, sobretudo debiendo de hacerlo delante de vosotros, á quienes será familiar el volúmen de las obras premiadas por la Academia: *básteme recordar, que sus dos elogios merecieron el primer premio de tan insigne Corporacion, en concurrencia con los de los mas distinguidos literatos de la época, y que entrambas obras nunca caen de las manos al hombre estudioso, quien no puede cansarse de admirar allí todas las galas de la hermosa lengua de Castilla, la correccion del estilo, el rígido encadenamiento, la gracia y novedad de las ideas, y el conocimiento profundo de las épocas, de los sucesos y de los personajes que se describen. Cuando yo medito, Sres., sobre la elevada sensibilidad del Sr. Viera, al colocar á Felipe 5.º recordando tristemente su Versailles á la sombra de los bosques de S Ildelfonso: y sobre el talento concienzudo del panegirista, cuando enumera linea por linea los inmensos escritos del Tostado, á quien haria llorar como otro Alejandro, si hubieran existido nuevas regiones del saber, que él no hubiese dominado; entonces comprendo como permite Dios que los ingenios hallen y manejen siempre asuntos dignos de su pluma, y como la de Viera estaba cortada para todos los estilos y composiciones.*

Y de ello serian una prueba mas y mas palpable el sin-
número de memorias y de respuestas á varias consultas,
que dió á la Academia de la Historia, segun se contenta
con espresarlo él mismo en el testamento que otorgó por
el año de 1811 en la Ciudad de Telde: siéndonos de resto
desconocidos aquellos preciosos trabajos, que tanto de-
ben de haber contribuido á la justa celebridad de que él
disfruta entre todos los literatos españoles y estrangeros:
que sin duda le hacian acreedor al título de académico de
la Historia, con el cual fué al fin condecorado; y que hu-
hieron de ser parte para que el Gobierno ilustrado de Car-
los 3.º recompensase su mérito en 1782 con el arcedia-
nato de Fuerteventura en esta Iglesia Catedral, donde no
se presentó hasta el año de 1784.

En tanto, he reservado intencionadamente este lugar
para ocuparme del Sr. Viera como historiador de su patria,
supuesto que este, uno de sus mas grandiosos títulos al
reconocimiento de los isleños, parece que no acabó
de ser adquirido completamente sino despues ó poco an-
tes de su regreso á las Canarias, al publicarse el tomo
4.º y último de su historia de las mismas. Ahora pues,
por aquel tiempo era notable, Sres, el descuido en que ge-
neralmente hablando, se encontraban los estudios históri-
cos en España. Nada diré acerca de ese espíritu filosófico, que
en su aplicacion á la historia, hace subir á la causa y ra-
zon de los acontecimientos, que analiza los sucesos por
sus principios, los enlaza entre sí como con aquella cade-
na misteriosa, de que Dios tiene el primer anillo, y, lle-
vando á su perfección la crítica y la ciencia de las pre-
sunciones, desentraña el carácter de los personajes y de
los hechos mas remotos con la misma certidumbre y maes-
tria que lee en el libro de las ocurrencias actuales, abier-
to constantemente á nuestros ojos. Ese espíritu, que es
un resultado del giro pensador de nuestro siglo, no habia
aparecido en España por la época de que hablamos, cuan-

do eran todavía mirados como modelos en historia el P. Mariana, Morales, Zurita y algunos otros bien conocidos de todos. No quiera Dios que yo me atreva á profanar con mi insignificante censura á aquellos distinguidos escritores, llenos de una erudicion inmensa, que se dedicaron á recopilar los hechos de su nacion, para mandarlos á la posteridad en el lenguaje tan castizo y elegante, que el primero de aquellos principalmente lo ejecutó en su apreciable historia de España; pero séame, sin embargo, permitido aventurar mi pobre opinion de que los tales maestros no conocieron bastante la crítica para rechazar infinitas aserciones estravagantes, propaladas como otras tantas verdades, y de que, si bien cumplieron con una parte de su mision, desde ellos media una tan inmensa distancia al profundo y magestuoso Tácito como al razonador y filósofo Gibbon.

Si tal era la condicion de los conocimientos históricos en España á fines del siglo pasado, antes que el génio del Conde de Toreno viniese á abrirnos una senda, que ya pisaban con gloria muchos sabios estrangeros por la misma época, inútil será detenernos á considerar la altura, á que este interesante ramo de las letras hubiera podido llegar hasta entonces en las islas Canarias, que en punto á estudios nunca alcanzaron marchar sino á retaguardia de su metrópoli. En efecto, si junto á las lumbres de la historia en la antigüedad y en el siglo presente apenas merecen mencionarse Mariana y Zurita, ¿qué diremos de Viana, Nuñez de la Peña, Abreu Galindo y otros historiadores de las Canarias, tan estimables como simples compiladores de los hechos de sus compatriotas, cuanto sumamente escasos en materia de crítica y de otros conocimientos, sin los que nunca se puede pasar de la clase de narradores indigestos? Quitárase á los pobres cronistas de nuestras islas, empezando por los Capellanes de D. Juan Bethencourt, su mal gusto en la redaccion de

sus escritos, y frecuentemente su ánsia de referir los hechos á causas sobrenaturales y místicas, y veríase como, con pocas escepciones, apenas quedarian los asertos de hombres, muy apreciables en verdad, pero ajenos totalmente á la difícil tarea que emprendieron.

En semejante situacion el Sr Viera, que á otras bellísimas prendas reunía un amor intenso á su país, cuyos anales desde la conquista habia estudiado en el archivo de este cabildo eclesiástico único ordenado que acaso existe cronológicamente en las Canarias, pudo comprender desde luego, que su verdadera historia estaba aun por emprender; pero es lástima, que tuviese entonces la singular modestia de creer, que no estaba él destinado para realizar una obra tan importante, y que solo le tocaba formar una coleccion de *«Noticias de la historia general de las islas de Canaria»*, de las cuales se aprovechase en lo venidero el genio, designado por la Providencia para escribir completamente nuestra historia. No obstante, cualquiera que sea el título que la rara abnegacion del Sr. Viera le hiciese dar á su obra, es indudable que, pese á su timidez, aquella es un conjunto magistralmente dispuesto asi de las antigüedades Canarias desde que nuestro origen se pierde entre las sombras mitológicas, como de los sucesos ocurridos en todos los ramos de la administracion pública, hasta los tiempos en que el escritor los refiere. Sres., un analisis de ese libro excelente, que á su aparicion quizá no halló rival dentro de España en su género, debe ser ocioso para nosotros, que tenemos la obligacion imprescindible de llevarle siempre en la memoria; sin embargo, no seria inútil recordar, que entre la falta de aquel espíritu filosófico, del cual me permitisteis os hablara antes, y ciertas superfluidades que, como su larga computacion de genealogías, no sientan bien en una historia general, la obra maestra de Viera describe con maravillosa y bien digerida erudicion nuestro origen, nuestras relaciones con las principales potencias de

la tierra, que veian en nosotros una fácil presa y un pueblo de gran porvenir despues de los descubrimientos de Vasco y de Colon; pinta las costumbres sencillas y patriarcales de los que Dios hizo nuestros padres, el valor guerrero en Doramas, la magnanimidad en Bencomo, hasta una amable coqueteria, en la ninfa de Lairaga; y retrata con viveza y veracidad admirables los progresos siquiera lentos de nuestra civilizacion, los vicios del Gobierno, el despotismo militar, el fanatismo del Clero, y la conducta á las veces decorosa y depravada de los nobles. Las principales clases de estilo que emplea el escritor son, pues, el descriptivo y el narrativo; sirva de ejemplo del primero la deliciosa pintura del bosque de Doramas hoy solo conocido ya de nosotros por algunos rasgos poéticos, donde el autor, subiendo á la altura de Fenelon, representa una selva que «parece un esmero del arte, y agrada mas porque no lo es;» y puede mirarse como modelo del segundo género la relacion de la batalla en las llanuras de la Matanza, que se han eternizado por uno de los mas tremendos hechos de armas, de que nos hablen las historias. Si á estas recomendables cualidades de su estilo agregamos aquel aire de buen tono, aquella gracia y aun chiste fino que continuamente derrama el escritor, con especialidad sobre los objetos en que mas se reconoce la supersticion de nuestros antepasados, vendremos á concluir, que aquel se habia familiarizado con los mas grandes criticos de su época sobre todo con Voltaire, á quien se cree ver copiado en la mayor parte de sus páginas, y que, si bien en nuestros dias se han publicado las estimables relaciones sobre las islas Canarias por los Sres. Humbolt, Bory de Saint Vincent, Webb y Berthelot, y Mac Gregor, admira el observar que todos estos, apesar de hallarse auxiliados por los inmensos recursos que hoy suministra el gran progreso de las luces, no esceden á nuestro ilustre compatriota en infinitos puntos, y principalmente en el de los atractivos y la gala del discurso.

Para tan relevantes cualidades habian de habilitarle sobremanera su estremada aficion á la poesia y su continuo ejercicio de este arte divino. En este pasage de mi memoria tengo que ser, respecto á Viera, mas severo de lo que yo mismo querria, y de lo que tienen derecho á esperarlo algunos sugetos, infinitamente mas entendidos que yo, y de cuya ilustrada opinion siento en el alma separarme al presente. Sres., yo no sé porque capricho de la naturaleza no ha concedido esta á los escritores, sino con rarissimas escepciones, ser á la vez eminentes en prosa y en verso. Ello es que el metro se aviene mal con la magestad de la prosa, y que Ciceron hizo versos detestables, Virgilio no ha dejado á la posteridad una linea de prosa, Walter Scott arrojó el plectro que recogio Lord Byron; Chateaubriand, el de la divina prosa, escribe versos que siempre causarán lástima, y los del celeberrimo Cervantes hacen caer de las manos sus obras inmortales. Prosa ó versificacion: no pudo el Sr. Viera resolver con felicidad igual los dos extremos de este dilema, cuya clave quizá no otorgó Dios sino á Lamartine ó á nuestro Martinez de la Rosa. Entretanto, mediano como debemos confesar que fué Viera en sus ensayos de poesia lirica, en la cual invirtió lastimosamente un tiempo robado á los demas géneros literarios donde sobresalia, obtuvo triunfos envidiables en la poesia didáctica, que por cierto no sé como pasaron desapercibidos de algunos escritores preceptistas y de los que aquel ramo de las letras cultivaban. Y en prueba de mi asercion podria entreteneros con el análisis de su excelente traduccion del poema de la elocuencia del abate Laserre, que en muchisimos puntos, como Jáuregui en su version del Aminta, deja mil veces atrás al autor que se propuso copiar; mas por su elegante originalidad veamos una octava del poema de *Los ai-res fijos*, publicado en Madrid bajo un nombre ageno, en que Viera se esplica así:

El Padre Omnipotente, que, ordenando
Este vario espectáculo del mundo,
Sus máquinas internas fué celando
Bajo del velo de un horror profundo,
Se digna de entregar de cuando en cuando
A algun ingenio, en discurrir fecundo,
Ciertas llaves maestras, con que abriendo
Saque de un ser un ser mas estupendo.

Despues de tan lucida muestra ¿podremos negar al insigne canario una grande aptitud para el poema didáctico, donde no solo brilló por las dotes poéticas, propias del género en que trabajaba, sino por sus nada comunes conocimientos en la química, historia natural, y otras de las ciencias exactas, por las cuales desearia seguirle aun con vosotros, si varias consideraciones no me lo impidieran?

Mejor me agradaria, Sres., estudiar al Sr. Viera, acá al final de mi discurso, en su estilo epistolar, consignado en una coleccion de cartas, que la biblioteca de un erudito de nuestra provincia ha reservado tambien de la luz pública, en mengua de la ilustracion de nuestro suelo y con perjuicio de la juventud estudiosa del mismo. En estos escritos fugitivos, que han eternizado á lady Montagne, á M^{me} Sevigné, y al mismo Gran Federico de Prusia tanto como la victoria, adaptables á todos los tonos, y tan interesantes á veces como las ocurrencias diarias de la vida que retratan, es donde tendriamos ocasion de reconocer en el Sr. Viera al hombre de los finos donaires, de la sociedad culta, y del amable trato, que buscan frecuentemente los jóvenes, prefiriendo á los demas placeres el de su amenísima y sábia conversacion, y que, aun en una muy avanzada vejez, así embellecia los círculos del gran mundo, como edificaba con su comedimiento y con su ejemplo las reuniones de las personas mas recatadas y timoratas.

Sin que ni aun fuera parte para quitarle tan justos títulos á la estimacion de las gentes una enfermedad de

consuncion producto de sus largos años y de continuas y profundas tareas mentales que ya hacia mucho tiempo minaba la débil constitucion de D. José Viera, y que á los ochenta y dos años de su edad le arrebató á sus amigos y á su patria en la madrugada del 21 de febrero de 1813. Señores, cuando en un pais como el nuestro, tan escaso desgraciadamente de las producciones del genio, tropieza uno en su camino con una tumba como la del Sr. Viera, ¿no es verdad, que se vé tentado á comparar la permanencia del talento sobre esta tierra á la aparicion de esos metéoros, que solo alumbran una densa noche para hacer brillar momentáneamente la esperanza en el corazon del hombre que los contempla?

HE DICHO.

